

## SEGUNDA CLASE. (Época tradicional.)

Fórmase también esta clase con ciertos romances, que por su tipo arábigo español, de que conservan vestigios profundos, pertenecen á nuestra historia tradicional y de la comunicacion próxima con los moros. Procedentes de una civilizacion más culta que la que alcanzábamos entonces, estaban predestinados á influir poderosamente en el sistema poético que despues resultó por haberse combinado diversos elementos. Eran eminentemente populares en su origen y respecto á la época en que nacieron, pues halagaban los instintos nacionales, presentando cuadros de las costumbres de un pueblo que con nosotros, aunque en continua guerra, vivía, y cuyo valor y cultura no nos eran del todo extraños. En su esencia estos romances difieren de los de la primera y tercera clase por su tono más lírico, fantástico y sentimental, y por el mejor y más brillante colorido que los anima. En sus formas materiales se diferencian de los de las mismas por su versificación más esmerada. Parte de ellos los hemos incluido en la primera y segunda seccion de los moriscos novelescos, y parte en los históricos de aquellas épocas que les prestan el asunto, ya sea verdadero, ó ya tradicional aunque fabuloso. Ninguno de ellos nos parece anterior al siglo xv.

## TERCERA CLASE. (Época tradicional.)

Contemporáneos, si no más antiguos que los de la primera, son los romances de esta tercera clase. Debe considerárseles como exclusivamente hechos por los juglares bajo el influjo de un tipo de imitacion diverso del nacional, aunque asimilado á él en las formas de locucion. Formados sobre asuntos extraños á nuestra historia y costumbres indígenas, calcados sobre tradiciones y crónicas escritas en otra lengua, y sobre hechos, históricos ó fabulosos, propios de otra civilizacion, suponian cuando ménos el estudio, el arte y la observacion empleados sobre objetos lejanos, y adquiridos por la lectura de obras propias de otras sociedades. En los romances de la primera clase, aun los que pasaban por los juglares de profesion, nuestro pueblo se veía á sí propio retratado, pues él era el modelo que imitaban los cantores de sus glorias, de sus hazañas y de sus pensamientos. En los de la tercera clase se presentan solamente copias de modelos desconocidos al vulgo, de cuya verdad no podía juzgar sino por una asimilacion lejana y por una ciencia de hechos y de objetos que nuestro pueblo no veía á su lado ni por sus ojos, sino por medió de la erudicion que sus juglares adquirieron en los libros, ó las noticias que de sí mismos les comunicaban los extraños. Los juglares dedicados á cantar asuntos de la Biblia, de la historia antigua anterior á los siglos medios, y de los tiempos y países completamente feudales, crearon para nosotros la tercera clase de romances contenidos también en la época tradicional. Rudos todavía, pero más eruditos que los de la primera, iban ensanchando el círculo de la poesía popular, sin extralimitarse tanto que pudiera confundirse con la erudita, y ménos con la artística. Aceptada por el pueblo esta clase de romances, y extendida la aficion á ellos, sucedió lo que era de esperar, á saber: que desde luego comenzó á alterarse la poesía indígena en su esencia, ya que no en sus formas, admitiendo una idealidad extraña, que falseó su primitivo carácter, revistiendo los hechos, y aun los personajes nacionales, de un colorido exótico que, amalgamándose más tarde con nuestros hábitos, facilitó sobradamente los cambios experimentados en el giro que tomó nuestra sociedad.

Diferénciase esta clase de romances de los de la primera en que, siendo obra de juglares de profesion, y suponiendo por eso en sus autores alguna lectura, emplearon en ellos mayor esmero en versificarlos y en ordenarlos. Así se ve que los juglares aparecen tal vez razonadores por su cuenta, tomando una parte personal y subjetiva en los asuntos, y atreviéndose á hacer reflexiones y á emitir máximas propias, aunque deducidas del objeto épico que se proponian en sus cantos. Verdad es que, siendo cortísimo el número de tales digresiones, no bastan para caracterizar la tercera clase de romances tradicionales, ni á considerarlos como un género diverso de los de la primera; más no dejan, con todo, de ser un paso pequeño que daba la poesía popular hácia el elemento subjetivo, lírico y descriptivo, á que llegó despues la erudita y la artística. Respecto al lenguaje, al giro de la frase, á la locucion y expresion de los pensamientos, los romances de esta clase se identifican con los de aquella, tanto más cuanto á pesar de estar tomados de modelos extraños, los poetas no podian prescindir de asimilarlos en alguna manera á los hábitos y costumbres patrias, en cuyo elemento vivían. Por eso nuestro *Bernardo del Carpio* no es exactamente el *Roldan francés*, sino una imitacion suya, bastante libre y acomodada al carácter propio del *feudalismo español*, tal como llegó á ser.

## ÉPOCA ERUDITA.

Luego que la poesía tradicional llegó á convertirse en escrita, fuéron desapareciendo los juglares que la conservaron, y con ellos la creacion de cosas nuevas que alimentasen la curiosidad y el interés que el pueblo dispensaba á las cosas antiguas. En tal estado de cosas, la poesía directamente popular, reducida á no producir nada original y nuevo, hubiera desaparecido, si algunos, cansados de la erudita del siglo xv y amantes de las glorias nacionales, no se hubiesen apoderado de los romances viejos para devolvérselos al pueblo, y resucitar en él la aficion á los hechos nacionales. En vez de crear un nuevo género de poesía, imitaron los romances antiguos y los reprodujeron bajo sus mismas formas; pero despojándolos de aquella parte fabulosa que creían afearlos y separarlos de una crítica racional. Haciéndolo así, no advirtieron que privaban á la antigua poesía de su interés, y que concretándola á hechos reales, la despojaban del espíritu vivificante que le era propio, y del calor que anima la existencia de los pueblos y los distingue unos de otros. Pues qué, ¿la fe y las creencias, y hasta las supersticiones, no son una parte esencialísima de la historia? No constituyen su verdad también? No influyen en los hechos? No los explican, haciendo remontar el espíritu hasta las causas de las acciones, que aisladas no son la historia, sino un catálogo de sucesos sin animacion ni vida? Afortunadamente para la historia, los que imitando los romances viejos los expurgaron, eran buenos creyentes, tanto como las crónicas que les sirvieron de guía para despojarlos de su parte llamada fabulosa, y como á esta guía habian servido de documentos los romances viejos, en poco les podía empecer la pretendida reforma.

Si aquellos, reducidos á prosa, ó teniéndolos á la vista sirvieron de texto ó fuéron citados en las más antiguas crónicas, en la época erudita sucedió lo contrario, pues de ellas, reducidas á rima y medida, se formaron los que la pertenecen. Poco antes de mediar el siglo xvi, aparecieron los eruditos que intentaron reproducir nuestros romances viejos, imitándolos con inseguro criterio, y que rimando, no poetizando, las crónicas, arreglaron á su contexto las tradiciones conservadas en los cantos populares, despojados de la parte que entonces se graduaba como fabulosa aun por los autores de ellas. LORENZO DE SEPÚLVEDA, que por cierto no era ni buen poeta ni buen rimador, fué el primero que publicó una coleccion de romances de la clase de que hablamos, parte suyos, y parte de un caballero cuyo nombre reserva, con título de *Romances nuevamente sacados de las historias antiguas, de la crónica de España*, etc. Con alguna más libertad, ensanche y más arte produjeron romances semejantes y de igual clase varios poetas, y entre ellos JUAN TIMONEDA, que intercaló algunos suyos en las antologías publicadas con el título de *Rosa de amores, Rosa española, Rosa gentil, y Rosa real*, que fueran perdidas para la literatura, sin el feliz hallazgo que de ellas hizo en la biblioteca real de Viena, y el solicito esmero con que ha reimpresso aquellas composiciones que solo en ellas se encuentran, el sabio y erudito alemán D. Fernando José Wolf, cuyos trabajos sobre los romances españoles son inapreciables, y coinciden en gran manera con los nuestros.

Ya en el párrafo anterior se ha dicho lo que caracteriza y distingue la época erudita de la tradicional; ahora falta discurrir sobre la cuarta y quinta clase de romances contenidos en aquella.

## CUARTA CLASE. (Época erudita.)

Las composiciones que contiene se hicieron, no por gente ruda é iletrada, ni por rústicos juglares, sino por personas un tanto peritas en la ciencia histórica, que artificiosamente imitaban la poesía popular primitiva, y que afectaban su lenguaje. Ligados á una pauta fija, sus romances eran prosa mal rimada, copia servil de ajenos pensamientos, que excusaba y aun prohibía toda invencion, y que, como carecía de libertad, cortaba el vuelo del ingenio.

Los romances de esta clase conservan las formas exteriores de los tradicionales, pero no el espíritu vivaz que produce la espontánea y directa imitacion de la naturaleza. Dejan percibir que el arte pugna contra la perfeccion, y que retrocede hasta el punto de proponerse por modelo la imitacion de un lenguaje y de una frase pertenecientes á otro tiempo muy remoto y apartado de aquel en que se escribían. Pero esta misma y afectada intencion descubre el artificio, pues por falta de criterio en los que la tenían, mezclan en sus obras palabras y frases más modernas al lado de las antiguas, resultando de ello un continuo anacronismo de locucion y de estilo. Aunque estos romances conservan la forma objetiva del elemento épico, ya los poetas, con más frecuencia que en los verdaderamente viejos, aceptan la subjetiva, y aparecen en la accion como comentadores y doctrinistas, mezclando su individualidad con los hechos que narran.

QUINTA CLASE. (*Época erudita.*)

Muy semejante á la anterior, se la distingue sin embargo por su mayor libertad y por prevalecer en ella con mas frecuencia el elemento subjetivo. Los poetas que la cultivaron la impusieron el sello de la actualidad, desechando la imitacion del lenguaje de las crónicas, y las construcciones de los romances viejos. Así debió ser en efecto, pues dedicada al pueblo, y para él creada, debia, para vulgarizarse, adoptar la lengua entónces usual.

SEXTA CLASE. (*Época erudita.*)

Dedicada á asuntos históricos contemporáneos, expresados segun el estado de civilizacion del pueblo, se usa en ellos el lenguaje propio del tiempo en que se compusieron. Son pues para su época lo que los de la primera clase para la suya, pero calcados muchos sobre documentos oficiales en prosa, ó sobre noticias que circulaban, participan del espíritu de los de la cuarta clase. En efecto, pertenecen á los de la primera, porque refiriendo hechos acaecidos en la época misma ó próxima de su composicion, puede considerárselos como inspiraciones de actualidad, como primitivos y de primera mano, tanto mas cuanto, habiéndose escrito ó impreso desde luego, han llegado á nosotros sin las alteraciones inherentes á los de tradicion oral. El espíritu y pauta prosáica, sobre cuya letra se formaron, los aproxima á los de la cuarta clase, hechos, como ellos, para vulgarizar la historia. Atendiendo ademas á las formas subjetivas y líricas que afectan, puede considerarse á los romances de esta sexta clase como el eslabon de la cadena que une la época erudita con la artística, porque de los elementos de ambas participa.

Caracterízalos especialmente el prosaismo de que por su origen adolecen; su mayor artificio en la rima y la medida, exigido por los progresos que, introducidos en el pueblo, le hacian ménos rudo y mas civilizado que el de tiempos mas remotos. Tambien se distinguen por la intencion que manifiestan de elevarse al tono épico y lírico de la época artística que á su lado nacia, supliendo así la parte maravillosa antigua que la mayor civilizacion habia eliminado de la fe y la credulidad popular. A falta de estas, los poetas vulgares del tiempo, los que aspiraban á serlo del pueblo, deseosos de brillar ante sus oyentes ó lectores, equivocando el camino, sustituyeron á la ruda, pero sustanciosa sencillez antigua, los desvarios de una erudicion pedantesca é hinchada, los colores exagerados y de peor gusto, y en fin el vacío de las ideas y pensamientos disfrazados por una ciencia incompleta, indigesta y falsa. Los antiguos juglares eran ignorantes de buena fe, y no tenian necesidad de ocultarlo; pero los modernos, aspirando á ser tenidos por sabios, eran fastidiosos y afectados. Siempre á la ignorancia sucede una época de falso saber, de pedantescas pretensiones. Tal es la marcha de las sociedades en su civilizacion. Por eso estas malas composiciones que señalan el camino que sigue la ciencia, son útiles á la historia de la literatura y de la sociedad. Hállanse las de esta clase en todas las antologías posteriores á la mitad última del siglo xvi, ya porque se publicaron en las primeras ediciones, ya porque en las siguientes se añadieron, ó porque se recopilaron en otros libros hechos ex profeso, ó se incluyeron en hojas volantes anteriores ó posteriores para venderse y propagarlas entre el vulgo por los ciegos, que heredaron el oficio de los juglares.

## ÉPOCA ARTÍSTICA.

Contiéndense aquí las clases séptima y octava de los romances castellanos, y en ellas se ve la marcha que siguieron desde sus primeros pasos artísticos á su apogeo y á su declinacion.

SÉTIMA CLASE. (*Época artística.*)

Hemos dicho en otra parte que hasta el último tercio del siglo xv los poetas cultos y cortesanos, es decir, los trovadores, no adoptaron la forma del romance para versificar sus obras. Hasta entónces fué una composicion puramente popular, nunca escrita. Pero ya JUAN DEL ENCINA y algunos otros versificadores artísticos se atrevieron á componerlos, ó por mejor decir, á amoldar á sus formas la poesía culta que imitaban de los provenzales é italianos. Ininteligibles para el pueblo, la sutil metafísica, las pretensiones filosóficas, las artificiosas ideas y pensamientos que á nuestros trovadores sugerian semejantes modelos, no podian ser populares los romances hechos bajo los auspicios de una idealidad poética, hija de imitacion extraña y de un arte estudiado, no aplicado á lo que esencialmente era nuestro y nos caracterizaba. Tal vez algunos de ellos descendieron desde su altura y fuéron aceptados por el vulgo, bien porque para eso los hicieron sus autores, ocultando la ciencia y el arte, ó porque glosaban, imitaban ó contrahacian los romances

viejos, y estaban impregnados de ideas caballerescas muy gratas al espíritu generoso de la nacion. El mayor número de las composiciones de esta clase son devotas, místicas, doctrinales, alegóricas y amatorias: en todas ellas se manifiesta claramente el artificio de su estructura, de su estilo, de su versificacion. Distínguense en general por un espíritu discudidor que los domina; por la sutileza exquisita y buscada de los pensamientos, y por una afectacion paradójica é indefinible en la expresion de las ideas, que parece se escapan á la misma inteligencia que las produce. El elemento lírico prepondera en todos ellos sobre el épico, y el poeta ó sus íntimos sentimientos son el asunto sobre que versan en general.

OCTAVA CLASE. (*Época artística.*)

Llegó el tiempo de la perfeccion, donde los poetas inspirados por el ingenio emplearon decididamente el arte, y bebiendo en las fuentes de la nacionalidad, y apoderándose de todos los medios que contenia una adelantada civilizacion, formaron con ellos un completo sistema poético. Los antiguos poetas cultos habian desdeñado la poesía popular; mas eruditos que inspirados, se propusieron imitar originales exóticos. Al contrario, los de la nueva escuela, llevada al colmo de perfeccion en el último tercio del siglo xvi, no quisieron destruir la poesía del pueblo, ántes bien la adoptaron como el mejor y principal elemento de la que se levantaba. En el manantial de los romances y canciones viejas y vulgares bebieron los primeros poetas del siglo xvi y xvii el espíritu nacional que animó sus cantos, y con que cultivaron el ingenio popular hasta el punto de inspirarle y hacerle comprensibles las bellas formas de la buena poesía. Ignorados y desatendidos por el vulgo, y privado este de sus cantores propios, se vió reducido á no obtener nada nuevo que sustentase su aficion, y á contentarse con los cantos antiguos, ya desvirtuados con el tiempo, y tal vez con algunos de la época erudita que, léjos de rejuvenecerlos, los reproducian despojados de su originalidad y de su natural sencillez.

El intervalo que media desde la clase séptima artística del siglo xv, hasta la octava de las últimas décadas del xvi, se llenó con los romances de la sexta, medio eruditos y medio artísticos. En este tiempo el vulgo, privado de sus poetas propios, se vió reducido, para obtener algo nuevo, á entregarse al espíritu de pedantería que sucede al de ignorancia, y como ya participaba de aquella, fácilmente se popularizaron las composiciones que adolecian de este vicio. Los romances viejos y sus imitaciones, escritos en un lenguaje de otra época remota, no los entendia el pueblo; los de los trovadores del siglo xv le eran extraños ademas, y los verdaderamente artísticos de la escuela nueva y nacional apenas comenzaban á existir. Quedábanle pues al vulgo únicamente y al alcance de su actual inteligencia los de la sexta clase, que, como hemos dicho, eran para su tiempo lo que fuéron los viejos para el suyo. En tal grado de esterilidad los grandes y aun los medianos poetas de fines del siglo xvi, que dirigian sus cantos á un pueblo ya mas instruido y culto, se apoderaron del espíritu nacional que dominaba en los antiguos romances, los despojaron de su rústica barbarie, los inocularon con cuanta ciencia, gusto y cultura se empezaba á vulgarizar, y los adornaron con todas las galas del lirismo capaces de hacerlos aptos á expresar las mas altas creaciones del ingenio. Ya fuesen los nuevos romances, moriscos, caballerescos, históricos, vulgares, amatorios, satíricos, doctrinales ó de cualquier género, hacia el poeta preponderar en sus obras el elemento lírico, y se proponia casi siempre retratar sus propias impresiones, sus íntimos sentimientos, mas bien que los hechos y los objetos que le rodeaban independientemente de su identidad. Verdaderamente que haciéndolo así obedecian al espíritu de la sociedad, de su época, y daban vida y relieve al sistema poético que se formó con los elementos de las antiguas escuelas. Esta obra magnífica del tiempo y de la naturaleza se hallaba diseminada y sin un centro de union; pero, adivinada por el arte, se logró sacarla del embrion y del caos que la oscurecia. Los poetas que para nacionalizar la nueva poesía, la dedujeron de los elementos de la antigua, amalgamándola con los adelantamientos de la cultura contemporánea, y tomando de ella lo que estaba ya al alcance del pueblo, empezaron á despojar el romance primitivo y vulgar de su natural rudeza, á suavizar con arte sus asperezas, formas de lenguaje y locucion, y en fin, á dedicarlo á expresar pasiones, sentimientos é ideas de un modo elevado y digno. Sin embargo, los primeros que á ellos se dedicaron, sin duda porque aun el arte no tenia reglas fijas, incidieron con frecuencia, no solo en los defectos propios de los romances de tradicion, sino tambien en los que pertenecen á la época erudita. Por eso se observan todavia en sus obras mucho descuido y desaliño en el lenguaje, harta hinchazon de estilo, un gusto defectuoso y poco delicado, y demasiado prurito de ostentar una ciencia mal digerida é inoportunamente exagerada. Pueden contarse en el número de estos poetas iniciadores de la nueva escuela popular, á PEDRO DE PADILLA, á

LÚCAS RODRIGUEZ, á LOBO LASO DE LA VEGA, y á otros muchos que en sus obras particulares, ó en el *Romancero general* y colecciones posteriores, publicaron romances, ya á su nombre, ó ya anónimos.

Pero luego que el romance se emancipó de las trabas que le ataban, luego que se conaturalizó con el arte sin empecer á la espontaneidad de la inspiracion natural, luego en fin que de él se apoderaron los grandes ingenios que, como LOPE y GÓNGORA, brillaron desde fines del siglo XVI, se revistió de todas las galas de la poesía, sirvió de elemento al drama nacional, y de tal manera poetizó al pueblo, que hasta las clases mas incultas acudían al teatro y se dedicaban á componer romances. Estos llegaron pues otra vez á ser el depósito de la poesía popular, y la contraposición de la sabia y clásica, que al propio tiempo Boscan, Garcilaso, Luis de Leon, Herrera y Rioja llevaban á su mayor altura, y daban con ella elementos que, aceptados por los romanceristas, se inoculaban hasta en el vulgo, puliendo su gusto y su inteligencia. Fatalmente la briosa juventud de nuestra poesía nacional tenia muy cerca su mortaja, y se revistió con ella cuando en el siglo XVI la nacion decadente se olvidó de sus triunfos, de sus glorias, y dejó caer de sus manos inertes el cetro del poder con que en el mundo dominara, y la lira encantadora que fué modelo y delicia de los hombres. Los mismos grandes ingenios que elevaron la poesía nacional, desde el primer día la pusieron en la senda del retroceso, la impregnaron del mal gusto, de la ominosa afectacion, que la hiere de muerte, y de cuantos vicios pudieran degradarla. El culteranismo de Góngora, exagerando el de los trovadores antiguos, invadió hasta los grandes ingenios; pero mientras ellos existieron, las inspiraciones eminentemente poéticas bastaron á paliar sus defectos; y Lope, Tirso, Calderón y otros muchos, aun cuando gongorizaban, despedían destellos de brillante y noble poesía. No así los que les sucedieron, pues faltándoles el estro creador y el tacto delicado que producen el arte y la buena crítica; se abandonaron á una imitacion servil de todo lo que era vicioso y corrompido, sin acertar á conocer lo bueno, ni ménos á realizarlo. ¿Quién, treinta años ántes de esta catástrofe, hubiera creído que se degradase la buena é inspirada poesía, hasta el punto de hacer preferible la del vulgo, la de los ciegos? Los romances vulgares á lo ménos conservaron cierta naturalidad, cierto interes palpitante, de que carecían las obras afectadas, viciosas y pedantescas de los poetas artísticos que desde fines del siglo XVII hasta casi mediar el XVIII cultivaron las musas españolas. Tal fué el destino de aquella inspiracion divina que animó los grandes ingenios que crearon y ensalzaron pocos años ántes la poesía castellana. Esto prueba que el pueblo se corrompe ménos pronto que los sabios, y que la ignorancia yerra ménos completamente que la falsa y orgullosa ciencia que, por distinguirse del vulgo en demasía, se lanza fuera de la naturaleza para buscar caminos torcidos y laberintos sin salida.

Los libros y fuentes donde se hallan los romances de la octava clase, desde su nacimiento hasta su apogeo, desde su apogeo hasta su ruina total, son principalmente el *Romancero general* y los *Romancerillos* que ántes se publicaron y despues se reunieron á él, formando las siete primeras partes de las trece que contiene en su totalidad; la *Segunda parte del Romancero general* y *Flor de diversa poesía*, que publicó Miguel de Madrigal; y otras varias colecciones de igual clase posteriormente publicadas.

Del catálogo bibliográfico que insertaremos, y del exámen crítico de sus artículos, resultará el valor de cada uno, y las épocas y clases á que pertenecen los romances en ellos contenidos.

Hé aquí expuesto cuanto hemos pensado ó aprendido de otros acerca de la incierta y vaga clasificacion que ha motivado este apéndice. Los fundamentos de ella son casi todos formados sobre un criterio de intima conciencia, que quizá haya interpretado con error los hechos, pero siempre con buena fe y con deseo del acierto. Frutos estos trabajos de nuestras propias observaciones y del estudio crítico de las ajenas, hecho para aceptarlas, modificarlas ó desecharlas, los presentamos al público llenos de desconfianza; pero seguros de que alguna verdad contendrán que pueda ser útil y abrir caminos poco trillados á la buena crítica, para ensayarse ventajosamente en consideraciones filosóficas y trascendentales sobre la literatura en general, y sobre la nuestra especialmente.

## DISCURSO PRELIMINAR (\*).

El amor á las cosas de mi patria me ha sostenido hasta el fin en la empresa, tan útil para el público, como árdua, difícil y poco brillante para mí, de coleccionar los *Romances* que llevo publicados. Teniendo que transigir con una generacion educada y reglamentada por la crítica y la filosofía del siglo XVIII, no quise hacer una obra meramente erudita, y así empecé mis tareas por las galas de los romances moriscos, ántes que por las sencillas y rústicas narraciones de los caballerescos é históricos que ahora publico. Redactando nuestros antiguos romances, he procurado presentarlos como propios para el estudio filosófico de la historia del arte, de los progresos de la lengua, del carácter de nuestra poesía original, y del de la nacion á que pertenece. Si acabo pues mi tarea por donde pudo empezarse, ha sido con el fin de darla un punto de vista que halague la imaginacion de los lectores, que excite la pública curiosidad, y que ofreciendo rosas ántes que espinas, no rechace los ánimos ni los retraiga de la lectura. Es muy fácil salvar el corto inconveniente que resulta de mi sistema, colocando los *Romances* en un orden inverso á su publicacion (\*\*).

En las advertencias y prólogos puestos al frente de cada uno de los que preceden, he manifestado mis ideas sobre el género de poesía que contienen, y ahora me parece oportuno exponer mis conjeturas sobre el origen y antigüedad de nuestros romances, y acerca de los libros de caballería donde algunos han tomado su peculiar carácter.

Escéptico y tolerante en materias opinables, nada ambicioso de gloria literaria, y tan poco seguro del acierto mio como del de los demas, diré no obstante lo que me parece, sin aspirar á erigirme déspota en el imperio de la razon, adoptando el intolerable dogmatismo con que los sabios preciados de serlo llenan de espinas, por su severa acrimonia, la senda de la literatura y del saber. Así en estas materias como en las que versan sobre la razon del gusto, se halla la verdad en un continuo problema, que no es posible resolver por falta de datos suficientes para ello; datos que á veces quien mas presume poseerlos mas se equivoca. El convencimiento íntimo de tenerlos todos, sostenido por el amor propio, impide conocer y buscar los que faltan, y dando márgen á una intolerancia insostenible, produce amargas disputas que convierten el templo de Minerva en crudo campo de batalla.

Despues de tan franca é ingenua confesion sobre mi continua incertidumbre en materias opinables, sin temor ni voluntad de ofender á nadie, expondré lo que me parece acerca de cuán probable es que el romance antiguo castellano haya sido la primitiva combinacion métrica adoptada por nuestros antepasados para conservar la memoria de sus sentimientos, sus fastos, sus fábulas, y de su modo social de existir.

Difícil, si no imposible, es determinar cuándo las lenguas modernas, emancipándose de la latina, se vulgarizaron y constituyeron con formas esencialmente distintas de las de aquella. Observando empero la marcha de la naturaleza y de la necesidad en ocasiones semejantes, puede presumirse algo sobre el modo y tiempo de su formacion. Esta empezaria con la conquista del imperio del Occidente por las naciones bárbaras del Norte (\*\*). Desde entónces la lengua latina vulgar comenzó sin duda á decaer, degenerar y adularse, cediendo en su construccion difícil y complicada á la ruda inteligencia de los conquistadores (vid. nota 2). Corrompida desde luego en las palabras, adoptó tambien la sencilla sintaxis de las lenguas bárbaras del Norte, y perdió la prosodia rica y sonora, propia de los idiomas de origen oriental.

Creáronse las lenguas rústicas (1) corrompiendo la pronunciacion latina, alterando el sonido de las letras, y formando sus nombres sustanciales, cualificativos, y aun sus verbos, ya solo de las raíces (2), ó ya de las desinencias de algun caso ó tiempo correspon-

(\*) Este discurso se puso al frente del *Romancero de romances caballerescos é históricos*, que publiqué en 1832 á continuacion del de *Moriscos*, del de *Doctrinales* etc. y del *Cancionero*, ántes publicados desde 1828.

(\*\*) Al fin de cada *Romancero* constan las fuentes de donde lo he coleccionado, y segun las indicaciones que hago en este discurso, con facilidad se alcanzará el orden posible cronológico que deberia darse á mi obra.

(\*\*\*) Algunos sabios filósofos han creído sin embargo

que en Italia existió una lengua rústica ó vulgar, que precedió y luego coexistió con la latina culta y perfecta.

(1) Así llamaremos las diferentes jergas que se formaron corrompiendo la prosodia, pronunciacion y sintaxis latina.

(2) La *Provenzal*: Así esta lengua como la *francica* ó *theotisca* existian ya á los principios de la monarquia francesa. La primera debió nacer entre los godos que ocuparon el norte de España y el mediodía de Francia: se encuentran ya vestigios y formacion de algunas palabras suyas en documentos la-